

EL PEQUEÑO ABETO

Mezclando algo de fantasía, quiero contar un hecho real y comprobable. En el Valle de Mereig, al pie del pico de Casamanya, en el país vecino de Andorra, ha sucedido un hecho, para mí, digno de ser contado.

En una explanada del bosque, subiendo hacia la cima, donde las tormentas deben ser verdaderamente estremecedoras por la altura donde nos encontramos, más de 2.000 metros de altitud, y donde el viento sopla siempre, aunque sea un día sereno, y abajo en el plano esté el tiempo completamente calmado.

En esta explanada, pues, como iba diciendo, se levantaban majestuosos unos pinos centenarios, que levantaban su realeza por encima de otros.

¿Qué debería suceder un invierno, en ese lugar?... Imagino que una gran tormenta de rayos y truenos se adueñó de aquel lugar y quiso estar presente con toda su fuerza y luminosidad, y uno o más rayos van segar la vida de esos árboles.

Era triste, al pasar el tiempo, ir viendo su declive, chamuscados en una parte del tronco, iban perdiendo todo el verdor, que era su tesoro preciado. Primero se secaron las ramas, después fueron cayendo... Ya no eran verdes y llenos de piñas..., eran grises y sin ningún fruto. Más tarde, el tronco madre se fue secando también; iba pasando de un gris oscurecido a un color gris plata. El poco aliento de vida se deslizaba poco a poco... Pronto no lo habría y pasaría a ser tan sólo madera seca, que también con el tiempo se va carcomiendo y desapareciendo, consumida entre la hierba seca de la alfombra de los sus pies.

Pero yo siempre he creído que el amor es más fuerte que la muerte. Que el amor no puede morir... Y ahora entro en la fantasía que nos lleva, otra vez, a seguir con lo real.

Había un árbol, quizás el más alto de aquel lugar, que era consciente de que se le iba apagando el poco aliento de vida que le quedaba y pasaría a ser pronto tan sólo materia inanimada. Le costaba aceptar su suerte, así sin más...

Después de pensar mucho, estaba dispuesto ese árbol a un gran sacrificio, quizá estéril, pero quizá daría su fruto, dando posibilidad a una nueva vida con un hijo nacido de la tierra de sus raíces, de sus entrañas. Para que todo esto sucediera, no podía continuar él de pie, agotando los meses que le quedarán de vida. Había que sacrificarse, despegarse de tierra y dar paso a las raíces afuera y a la tierra acumulada entre sus dedos, y decidió su sacrificio, disponiéndose a ser arrancado de la madre tierra donde había vivido tantos y tantos años.

En la próxima tormenta, cuando el agua inundara y remojara bien el suelo, él, el árbol más alto de aquella explanada, no lucharía por resistir la embestida del viento, se soltaría como una hoja y esperaría paciente ser tumbado y descalzado de tierra.

Vino el invierno tan crudo en aquellos parajes y nuestro árbol vio realizado su objetivo: decir definitivamente adiós al mundo de los árboles, siendo descolgado de tierra y tumbado, dejaba las raíces en el aire y toda la tierra acumulaba entre sus dedos, también. Él pasaba a ser madera seca...

Y dejo mi fantasía para seguir narrando lo verídico.

De la tierra acumulada entre los dedos, (no sé si lo había podido llegar a soñar o no el árbol), pero lo cierto es que nació un pequeño abeto, hijo real de sus entrañas, de sus raíces. De una muerte nació una vida...

Este pino pequeño va creciendo... Ahora ya tiene unos tres palmos de altura y el año pasado ha podido hacer una piña pequeñita, pero que nos indica su buena salud. Está enganchado al árbol-madre y vive de él y de la lluvia y el sol majestuoso, que a estas alturas quema de verdad. Un pequeño arbusto, nacido en el suelo, junto a la raíz del árbol caído, va creciendo con él y le hace compañía. Yo diría que se siente responsable y se ensancha para evitarle, de alguna manera, las corrientes de aire fuerte de ese lugar. Es como una niñera, hasta que sea mayor.

Cada año, desde que descubrimos este milagro de la naturaleza, lo vamos a ver, lo acariciamos y no le faltan nuestros besos y palabras de ánimo:

-“Ánimo, pequeño!, ¡¡tienes que ser mayor como mamá!!”.

Yo no sé si hay un cielo para los abetos y los árboles del bosque, pero seguro que, si está ahí, alguien está muy feliz viendo que su sacrificio ha llevado una nueva vida a este valle tan precioso, como es el de Mereig. Pero algo sí estoy cierta. Desde el cielo de los hombres, el de nuestro Dios, Él lo contempla feliz y recuerda con alegría que también, y primero de todos, su Hijo Jesús, con su muerte, nos dio la vida, no a un pequeño pino, sino a la humanidad entera. Y es que el amor es verdaderamente más fuerte que la muerte. ¡Damos gracias al buen Dios!...

Montserrat Llopart